

## BORGES, AL-MUNDIR DE HIRA Y LA LOTERÍA DE BABILONIA



*José Ramírez del Río*

---

**L**a pasión de Jorge Luis Borges por la literatura árabe es un tópico a la hora de abordar su obra, y aunque es un hecho incontrovertible, no deja, como todos los tópicos, de simplificar y aún de esconder en parte la gran cantidad de obras y temas procedentes de la literatura árabe clásica que este escritor usó como base para algunas de sus obras. El recurso a temas literarios árabes en la obra de Borges fue mucho más allá de la utilización de las *Mil y una noches*, tema sobre el que ya hay bibliografía (González; Espejo, 'Isà Majluf) y que podemos considerar casi agotado, pues el análisis de las traducciones del árabe al inglés que llevó a cabo el mismo Borges de las distintas ediciones de esta obra apenas dejaba espacio para nuevos estudios. En este sentido es necesario recordar que el propio autor argentino hizo afirmaciones en alguna ocasión que resultan un tanto llamativas en una persona de su formación filológica (Borges, *Biblioteca* 95):

No he incurrido en la moderna pedantería de elegir la versión más fiel; he buscado la más grata de todas, la del orientalista y numismático francés Antoine Galland, que, a partir del año 1704, reveló las noches a Europa. Acentuó lo mágico de la obra, abrevió sus demoras y omitió lo escabroso. Burton ha señalado que poseía el infrecuente

don de narrar. Sin el estímulo preliminar de Galland no se habrían intentado las traducciones ulteriores. Es nuestro bienhechor.

Por esta razón considero necesario abordar el estudio de la influencia de la literatura árabe en la obra de Borges a través de otras fuentes literarias e históricas de la cultura árabo-islámica que hasta el momento no han recibido atención y que pueden proporcionar algunas claves para abordar la obra de este genial escritor.

La decidida inclinación de Borges por el estudio de las literaturas germánicas, de la que nos ha quedado como muestra su estudio *Literaturas germánicas medievales*, ha contribuido sin duda a desviar en gran medida la atención de este interés desmedido de Borges por las literaturas de Oriente Medio. El escritor argentino estuvo muy influido en su juventud por Rafael Cansinos Assens, del que en su biografía afirma: "Aún me gusta pensar en mí mismo como su discípulo" (*Ensayo* 42). Cansinos Assens tenía una gran afición a la literatura hebrea –al parecer se convirtió al judaísmo- y a la árabe, de la que llegó a traducir *Las Mil y una noches* de una forma elogiada por el propio Borges.



"La lotería de Babilonia" es un cuento que forma parte de *Ficciones*, y el argumento es realmente singular: en Babilonia la celebración de los sorteos de la lotería comienza a incluir no sólo premios en metálico, sino también algunas multas para los que participen, y tengan la mala suerte de comprar un número "desgraciado", lo que da más emoción a dicho sorteo. Con el tiempo la organización de la lotería deja de vender números, incluye a toda la población y sortea la posición de cada persona en la ciudad hasta el siguiente sorteo, desde su posición social (esclavo o cónsul) hasta castigos corporales (amputaciones, flagelaciones...).

El estudio de este cuento se ha centrado por lo general en la comparación del funcionamiento monstruoso del estado –absorbido por la organización de esta lotería- que recuerda en muchos aspectos a la obra de Kafka y a su descripción de la manipulación que sufre el ser humano por los grandes poderes de un estado totalitario. Es obvio que estos temas están muy presentes en la elaboración de este cuento, y la admiración de Borges por Kafka ya ha sido glosada en otras

ocasiones (Borges y Ferrari, *Diálogos* 68-74). Sin embargo tenemos que considerar que esta influencia se centra en el añadido de algunos elementos a la obra, pero no en la misma génesis de la misma, que podemos buscar en una narración árabe relativa a la antigüedad preislámica: la de los días fastos y nefastos del rey al-Mundir de Hira.

Al-Hira fue un pequeño principado establecido por el reino persa sasánida en el siglo VI d.C. en su frontera con los árabes: dado que los persas ocupaban Mesopotamia –a la que dieron su nombre actual de pequeño Irán: Irak- tenían que evitar las frecuentes incursiones que realizaban los beduinos contra las tierras cultivadas de sus dominios. Precisamente la primera mención histórica a los árabes –a los que llama ya por este nombre- fue una inscripción asiria en la que se mencionaban las incursiones de los beduinos contra los dominios de los reyes de Nínive, que se correspondían de forma aproximada con los de Persia en Irak. Las incursiones contra Sawwad, una tierra particularmente rica del sur, preocuparon al emperador de Persia durante mucho tiempo. La forma de evitarlas fue la creación de un pequeño estado regido por la tribu árabe dominante en la zona más cercana al Éufrates, los lajmíes. Esta tribu repelió los ataques tanto de los beduinos de las demás tribus como de los gasaníes, tribu árabe aliada de los bizantinos, con la que durante las guerras entre los dos imperios debieron enfrentarse en numerosas ocasiones. Este estado tapón cayó un par de décadas antes de la llegada del Islam a la zona, y no entró nunca en conflicto, por tanto, con los musulmanes.

Los lajmíes instalaron su corte en la ciudad de al-Hira (Kister, Guidi, *L'Arabie* 15-20; Yawdi Ali, *Tarij*; Rice, *Oxford*), cerca del lugar en el que posteriormente se instalaría la ciudad de Bagdad y de donde, antiguamente, se alzó la capital de Mesopotamia, la ciudad de Babilonia. En realidad la cercanía de estas ciudades entre sí llevó al arabista Hitti a considerar a todas las ciudades fundadas en esta región una misma ciudad –¡aunque le falten algunas muy importantes como la misma al-Hira o Madain!-, cuya continuidad sólo se había visto alterada por la caída de los estados que las erigieron, y que dominaban la región central de Irak, allí donde más se acercan

el Tigris y el Éufrates antes de volver a ensancharse en el sur (Hitti, *Cities* 85):

The region around Bagdad saw the rise and fall of more capital cities than perhaps any region of comparable size. Here flourished the earliest ones known to history, the Sumerian city states, such as Uruk, the Erech of Genesis 10:10. These were the cradle of our civilization. They were followed by Agade (Accad of Gen 10:10), capital of Sargon, the first known Semitic monarch, and of Babylon, seat of Hammurabi and Nebuchadnezzar. A successor of Alexander the Great founded twenty miles southeast of the Baghdad site a city named after him to serve as capital of the eastern wing of this kingdom. Opposite Seleucia on the east bank of the Tigris rose Ctesiphon, capital of the ancient kingdom of Partia and of the Sasanid Persia. The Arab capital can be said to have fallen heir to all these capitals...

La prosperidad del reino de Hira fue proverbial, y hasta allí acudían gentes de muy lejanas tribus, para conseguir recompensas mediante sus versos de alabanza de los grandes reyes lajmíes: al-Mundir, al-Numan; la custodia de las fronteras del imperio sasánida y el comercio con otras zonas tanto de Arabia como de la India permitían unos dispendios que en la dura forma de vida beduina pasaron pronto a ser proverbiales, en especial los regalos de cientos de camellos a los poetas por sus poemas panegíricos, que ayudaban a los lajmíes a consolidar su fama. También pasó a formar parte de la leyenda la forma despótica de comportarse de los reyes de Hira con los que acudían a verles, pues fueron varios los cortesanos que pagaron con sus vidas las ocurrencias de los reyes: Ibn Ammar, Abid b. al-Abras o Tarafa b. al-Abd sufrieron esta forma de actuar en su piel, y recibieron la muerte como castigo a unas ofensas imaginarias a los reyes de al-Hira. Otros muchos hubieron de aguantar insultos y el comportamiento déspota de los reyes lajmíes, de los que se resarcieron criticando su falta de hospitalidad en poemas, que era la forma de divulgar las noticias en la Arabia preislámica –*el diwan* de los árabes, como lo llamó el califa Umar.

En una de las fiestas que organizaba el rey al-Mundir III, éste se excedió bebiendo y ordenó asesinar a dos de sus amigos, crimen del que se arrepintió apenas se hubo repuesto de la borrachera. El consumo de vino en la Arabia preislámica era muy frecuente, y los ca-

balleros tenían como punto de honor no dejar de beber –y de invitar a beber a sus huéspedes– hasta que estuviera terminado el barril. En ocasiones este vino se aguaba para que fuera menos fuerte, de la misma forma que solía hacerse en el mundo romano, aunque en otras ocasiones el vino no era mezclado, con lo que sus efectos eran devastadores. Quizá ésta sea la razón por la que *El Corán* prohibió su consumo.

En honor de sus amigos perdidos, el rey al-Mundir creó la institución del día fasto y el día nefasto; un día al año el rey concedía al que se le acercara cien camellos negros, tesoro que en la Arabia *yahili* tenía un valor extraordinario, y podía conseguir para su propietario mercancías valiosas a cambio: oro, caballos y camellos, mujeres, seda o especias, armas...; en cambio había otro día al año en que ordenaba ejecutar al que se le aproximara, vertiendo su sangre sobre dos rocas cerca de las que estaban las tumbas de los dos amigos asesinados –las *gariyyan*– y muriendo así desangrada la víctima escogida. Estas dos piedras con forma de obelisco estaban al parecer dedicadas a la diosa Uzza, una de las tres más importantes del panteón árabe antes de la aparición del Islam (Guidi 34). Una de las víctimas, según sabemos gracias a las *Mufaddaliyat*, traducidas por el orientalista inglés Lyall, fue uno de los más grandes poetas de la Arabia preislámica: Abid b. al-Abras. Este gran poeta recibió la gracia de emborracharse y quedar inconsciente antes de ser herido para ser desangrado sobre las piedras *al-gariyyan*.

La narración más conocida en la historia de la literatura acerca de estos hechos es la que recogió el gran antólogo Abu-l-Faray al-Isfahani a finales del siglo X. He preferido conservar también la cadena de transmisores inicial para que sea más evidente la forma de transmisión oral de este tipo de saberes, y para que resulte claro que la forma de narrar siguiendo la estructura de las ‘muñecas rusas’ no llegó a la literatura árabe a través de la persa, sino que era muy común anteriormente (Al-Isfahani 86)

Me contaron Muhammad b. Umran al-Mu’addib y Amà, que dijeron: “Nos narró Muhammad b. Ubayd, que señaló: “Me contó esto Muhammad b. Yazid b. Ziyad al-Kalbi, que lo sabía por al-Šarqi b. al-Qutami, que dijo: “Habían acudido invitados a la mesa de al-Mundir b. Ma’ al-Sama’ dos hombres de la tribu de Asad, uno de

ellos era Jalid b. al-Muṣallil y el otro era Amr b. Masud b. Kalad. (Ellos dos) enfurecieron al rey por lo que dijeron, y éste ordenó que excavarán para cada uno de ellos una fosa a las afueras de al-Hira, que los pusieran en dos ataúdes y que los enterraran en las fosas. Hicieron esto con ellos y cuando amaneció (al-Mundir) preguntó por ellos. Le contaron sus muertes, se arrepintió y le causó un gran pesar. Sobre Amr b. Masud y Jalid b. al-Muṣallil, los dos hombres de Asad, dijo un poeta de su tribu:

—¡Tumba que estás junto a las casas de la gente de Muharriq son abundantes los rayos y los truenos a tu alrededor!

—El lamento, aunque sea abundante ¡es corto para llorar tu suerte! Aunque llore ¡es para la tristeza para lo que fui criado!

Al-Mundir cabalgó hasta que llegó a ver el lugar en el que estaban enterrados y ordenó construir los al-Garriyan sobre ellos, y se impuso dos días al año en que se sentaba junto a ellos. Uno de los dos días se llamaba día de al-naim (día de dicha) y el otro día de bu's (día de desgracia). El primero que llegaba a él el día de dicha, le concedía cien camellos šawma, es decir, negros, y el primero que llegaba ante él el día de desgracia le daba una cabeza de un turón negro y ordenaba que fuera degollado, y frotaba con su sangre los Gariyan.

Esta misma narración y con una forma muy similar, aunque más breve aparece en la obra de Ibn Qutayba (311). Por supuesto nadie conocía cuándo habían de celebrarse estos días, y sólo podía saberse cuando el rey lo anunciaba al primero que se presentaba ante él, con lo que resultaba imposible procurar beneficiarse del día fasto o huir del nefasto, pues era un hecho completamente aleatorio, como demuestra que una de las víctimas, Abid b. al-Abras, fuera una persona de confianza del propio monarca. La costumbre de dejar desangrarse a las víctimas sobre el altar era normal con los animales, y una forma de aplacar el espíritu de los muertos, que en caso de no haber sido vengados podían llegar a atacar a los vivos; esta práctica se hacía, hemos de insistir, de forma habitual con animales, como los camellos. En las tumbas de dos de los mayores héroes de la época, Rabia b. Mukaddam (Ramírez), y Amir b. Tufayl (Amaldi, Blachère 275) se rendía culto a sus espíritus (Al-Mubarrad 768) de esta manera, cortando los jarretes a los camellos y dejándoles morir desangrados sobre la tumba:

Se detuvo un hombre junto a la tumba de al-Nuyaši y se compadeció de él. Dijo: “Si no fuera porque las palabras no podrían abarcarte y la descripción, con ser prolija y minuciosa, quedaría corta, te alabaría. Luego desjarretó su camella sobre la tumba y dijo:

(Metro tawil, rima lam)

– ¡Desjarreté sobre la tumba de al-Nuyaši a mi camella!

¡con la blanca encolerizada<sup>1</sup> se la dedica su ensalzador!

– En la tumba de un hombre que, si yo hubiera muerto antes que él, sin duda habría dedicado en mi tumba su montura.

El sacrificio de seres humanos producía repulsión y terror ya en aquel momento, y ni siquiera el propio al-Mundir III b. Ma al-Sama', el rey más poderoso de la Arabia anterior al surgimiento del Islam, fue capaz de mantener dicha costumbre hasta el final de su reinado, y su bárbara aplicación concluyó con una leyenda muy semejante a la griega de Damon y Pitias, la de Hanzala y Šarik.

Las obras de los distintos orientalistas europeos y norteamericanos que se ocuparon, a mediados del siglo XIX y comienzos del s. XX, de la historia de Arabia antes de la llegada de Mahoma, no dejaron de hacerse eco de esta narración: tanto Caussin de Perceval como Ch. Lyall o I. Guidi añadieron esta narración a sus obras, que además fueron aprovechadas por otros autores, divulgadores de la historia de la antigua Arabia, aunque quizá no haya gozado de la fama de otras narraciones de la Arabia preislámica, como la referente a Antara o a las guerras entre las grandes coaliciones beduinas, como las de Basus o Dahis y Gabra'. Todas estas narraciones fueron traducidas al inglés en la revista *Journal Asiatique*, en la que los investigadores y viajeros británicos del siglo XIX vertieron un caudal interminable de conocimiento, o en las monografías publicadas por estos mismos viajeros en las prensas de la universidad de Cambridge. Posiblemente la obra más accesible para el gran público en la que fue incluida esta narración es la de Nicholson (43-44), que a falta de estudios acerca de la recepción de estudios de orientalismo en Argentina durante el siglo XX, pueda darnos el eslabón necesario para que Borges conociera dicho texto.

---

<sup>1</sup> Es decir, la espada.

Una de las referencias que hace Borges en el texto de “La lotería de Babilonia” y que nos ayudan a llegar a esta conclusión es su descripción de una de las cosas que llevó a cabo el personaje-narrador durante una de las funciones que le caían en suerte tras el sorteo (Borges 53): *En el crepúsculo del alba, en un sótano, he yugulado ante una piedra negra toros sagrados.*



Los *gariyyan* también son descritos como piedras negras, y el hecho de que aparezcan en esta misma narración, en Babilonia, ciudad continuada en el espacio y en el tiempo por la de Hira, resulta muy significativo. En el caso de tratarse de otro escritor ya resultaría una coincidencia sorprendente, pero en el caso de Borges, un autor con una cultura vastísima y con una fuerte atracción por la cultura árabe, parece imposible.

La particular concepción del espacio y el tiempo que podemos observar en la obra de este escritor es otro de los elementos que nos llevan a la convicción de que empleó esta leyenda árabe en la configuración de “La lotería de Babilonia”. El tema del espacio y el tiempo en la obra de Borges ha sido uno de los temas que más han llamado la atención de la crítica a la hora de abordar la obra de Jorge Luis Borges, ya que en cierta forma son los auténticos protagonistas de toda su producción. La reelaboración de los distintos temas literarios una y otra vez, en las distintas culturas, crea temas literarios que se confunden en el espacio –el mundo de la Antigüedad, el mediterráneo y Oriente Medio- y el tiempo –imperio romano o árabe-. En esta concepción, Ulises no sería sino el primero de la larga serie de viajeros que, con Simbad, surcan los mares para descubrir las maravillas del mundo y servir de materia a las narraciones de Shezade –en persa: la nacida de la ciudad-. Esta reformulación incesante de las antiguas leyendas y narraciones mitológicas, añadiéndoles un contenido nuevo y que recoge ideas contemporáneas –como las de Kafka- es una de las características más sobresalientes en la obra de Borges, de la que quizá el mejor continuador sea Michel Tournier. Si bien éste es un rasgo que se puede apreciar en muchos de sus cuentos, quizá el más relevante en este sentido sea “El Inmortal”.



Sería muy necesario trazar los antecedentes literarios de otros cuentos de Borges, pues en muchos de ellos parece advertirse un origen árabe, siguiendo la particular forma de escribir que hizo suya este genial escritor: retomar un tema tradicional de la cuentística tradicional y darle un nuevo contenido a través de su remodelación. Este parece ser el caso del Laberinto de los reyes y de las alusiones a Averroes, y apenas podemos resistirnos a la comparación entre la enciclopedia de su cuento "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" con la historia de los *Ijwan al-Safa'* (Hermanos de la Pureza) y de los opúsculos que repartían en secreto en la Bagdad de los abbasíes que alumbró también las narraciones de *Las Mil y una noches*. Tanto la naturaleza secreta de la organización que preparaba la enciclopedia como el hecho de describir un mundo imaginario nos llevan a suponer una relación con la obra borgesiana.

Cualquier comparación entre los textos que hemos traído a colación en este artículo y el cuento de Borges pone de relieve la originalidad de las concepciones y de la forma de escribir de este escritor, cuya adscripción voluntaria y declarada a esa forma neo-tradicional de reelaborar las narraciones y leyendas antiguas no resta valor, en modo alguno, a su obra literaria. Sin embargo para poder apreciar la profundidad de la tarea que acompaña a cada uno de sus trabajos literarios es necesario un estudio detallado de sus fuentes literarias.



"Yo debí estudiar más las literaturas orientales".

Considero que esta modestísima frase del propio Borges, destacada ya en su día por González (121), debe servir de estímulo a los especialistas en la obra de este genial escritor, posiblemente uno de los más cosmopolitas de la literatura en español del siglo XX, para desentrañar la génesis de otros muchos temas literarios presentes en sus obras que tienen por origen las tradiciones literarias de Oriente Medio, y espero que en los próximos años los mismos estudios sobre su obra comenzados por parte de la crítica árabe permita avances insospechados en el conocimiento de la elaboración literaria de Borges.

José Ramírez del Río  
Universidad de Sevilla

## BIBLIOGRAFÍA.

- Amaldi, D. "Amir b. al-Tufayl, ra'is destituito", *Studi arabo-islamici in onore di Roberto Rubinacci*. Nápoles, 1985. 9-14.
- Borges, Jorge Luis. *Biblioteca personal*, Madrid: Alianza, 1988.
- Borges, Jorge Luis. "La lotería de Babilonia" en *Ficciones*. Barcelona: Círculo de Lectores. 1972. 53-59.
- Borges, Jorge Luis. *Un ensayo autobiográfico*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores y Emecé. 1999.
- Borges, Jorge Luis, Osvaldo Ferrari. "Kafka puede ser parte de la memoria humana" en *Diálogos*. Barcelona: Seix Barral. 1992.
- Espejo, C. "Borges y los árabes". *Philología Hispalensis*, VII (1986). 103-112.
- González Ferrín, E. "El Islam de Borges" *Philología Hispalensis*. VII (1986). 113-122.
- Guidi, I. *L'Arabie Preislamique*. Paris. 1921.
- Hitti, Ph. K. *Capital Cities of Arab Islam*. Mineápolis: University of Minnesota Press. 1973.
- Ibn Qutayba. *Kitab al-Ma'arif*. Gottinga, 1850.
- 'Isà Majluf. *Al-Ahlam al-mašriqiyya: Borges fi mutahat "Alf layla wa layla"*. Beirut: Dar al-nahar. 1996.
- Isfahani (al). *Kitab al-Agani*, Beirut: Dar al-fikr li-l-yami. 1970.
- Kister, M.J. "Al-Hira, some notes on its relations with Arabia". *Arabica* XV, 2 (1968). 143-170.
- Marcos Marín, F. *Poesía narrativa árabe y épica hispánica*. Madrid. Gredos. 1971.
- Mubarrad (al). *Al-Kamil*. Leipzig. 1864.
- Mufaddal (al). *Al-Mufaddaliyat*. Londres. 1911.
- Nicholson, R. A. *A Literary History of the Arabs*. Cambridge University Press. 1985 (reimpresión de la de 1907).
- Ramírez del Río, J. *La leyenda de Cardeña y la épica de al-Andalus*. Sevilla. Signatura. 2001.
- Rice, D.T. "The Oxford excavations at Hira". *Ars Islamica* 1 (1934). 51-73.
- Rodríguez Monegal., Emir. *Borges por él mismo*. Barcelona: Laia. 1984.
- Tournier, M. *Le médianoche amoureux*. Paris. 1990.
- Yawdi Ali, Ta'rij al-arab qabla-l-Islam, Bagdad: Mayma al-ilm. 1954. IV. 6-17.